



**GRAAT On-Line issue #20 – November 2017**

**Dogmas y Paradigmas de la Masculinidad en  
*La Carroza de Bolívar* de Evelio Rosero**

**Isabelle Billoo  
Université d'Artois**

Publicada en 2012 por el autor colombiano Evelio Rosero, *La Carroza de Bolívar* es una novela que cuenta, en apariencia, lo afortunado que es el doctor Justo Pastor Proceso. Ginecólogo en Pasto, pequeña ciudad al sur de Colombia, el doctor dispone de dos residencias, tiene dos hijas y es el marido de una mujer atractiva. Según parece, este señor goza de una posición codiciable ya que cumple con obligaciones que se suponen propias del varón ejemplar en la Colombia de los años sesenta. Sin embargo, a raíz de la Fiesta de los Inocentes, el protagonista se ve envuelto en enredos que hacen caer las apariencias; así, algunos estereotipos sobre el ser y el deber ser masculinos se someten a nuevo examen sugiriendo representaciones que des/construyen varios modelos tradicionales de las masculinidades hegemónicas. Por lo cual, en este trabajo, dedicaremos especial atención primero a lo glorioso de una masculinidad que, por consenso implícito predomina en la sociedad colombiana. Luego, pretendemos analizar las características de determinados prototipos que particularizan lo masculino exhibiéndose como modelos alternativos al resistir con tenacidad a los esquemas preestablecidos. Para concluir, veremos cómo el doctor Justo Pastor acaba por arrebatarse la hombría al Salvador de la Patria despojándolo con galanura de su “performance” machista.

Más allá del género biológico, ¿qué supone ser hombre en Pasto y cómo la normatividad vigente le convierte a uno en varón? Como lo sabemos a través de estudios llevados a cabo por varios investigadores<sup>1</sup>, cualquier civilización establece patrones codificados que rigen el papel y las actitudes de los hombres. Sin embargo, el concepto culturalmente definido de la masculinidad se mantiene condicionando diversas identidades masculinas. De esta manera, lo que es y lo que supone ser un varón sería aquello con lo cual

se identifican socialmente como varones. Luis Bonino, uno de los primeros en conceptualizar la representación hegemónica de lo masculino explica que tal normativa:

supone un modelo proscriptivo y prescriptivo de conductas, valores, deseos, cuerpos y relaciones sociales que es externo y anterior a los sujetos, se les impone y los constituye como varones<sup>2</sup>.

Es clave para la comprensión de esta cita evocar la conducta de Arcángel de los Ríos, apodado adrede don Furibondo Pita en la novela objeto de nuestro análisis. Si bien es cierto que este hombre, uno de los más ricos de Pasto, es pequeño de cuerpo, su voz aunque “chillona, hacía en cambio la de tres hombres<sup>3</sup>”. Por eso, don Furibondo Pita era el único de Pasto capaz de atravesar a pie la ciudad un veintiocho de diciembre sin que nadie se atreviera a “mojarlo, lanzarle una pizca de harina, cantarle un epigrama o bailarle alrededor<sup>4</sup>”.

Si no es su impresionante musculatura ni la entonación excepcional de su voz y tampoco sería la elegancia de su paso ya que a menudo está borracho, ¿a qué se debe entonces tal consideración, o quizás temor, que manifiestan los pastusos en cuanto aparece don Furibondo? Como lo acabamos de comentar, este personaje es bajito, por lo tanto, las dimensiones poco esculturales de su cuerpo no elucidan el misterio. Tal vez sea el coche que posee: “un Willys que pita a diestra y siniestra por las calles de Pasto, sin ningún motivo<sup>5</sup>”. Buena parte de la identidad masculina estriba en efecto en manifestar sus capacidades frente a otros hombres. Cada varón emprende entonces una batalla existencial con el fin de almacenar blasones que evidenciarán mejor su virilidad. Tal como lo argumenta Carlos Lomas:

lo que se presenta como el modelo ideal de hombre no sólo está relacionado con poder sobre las mujeres, sino también con poder ante el mundo: posesión de objetos y poder sobre otros hombres<sup>6</sup>.

Modelo imperante sugerido en la novela por el estrambótico don Furibondo, este personaje ilustra arquetipos cuya masculinidad reclama pruebas de hombría, de audacia e incluso de morro. Colérico, belicoso pero siempre eficaz como debe de ser un hombrón en Pasto, don Furibondo Pita decide “salvar su honor” cuando descubre la última creación de Tulio Abril, uno de los artesanos más famosos del pueblo. Prevista para el desfile del seis de enero, la carroza se ha convertido en escenario espectacular para denunciar los excesos del personaje, sobre todo, en presencia de su esposa, la devota Alcira Sarasti, bondadosa señora que va cada tarde a misa. La descripción de la piadosa esposa tampoco es desdeñable en varios fragmentos donde se apuntan las jerarquías entre lo masculino y lo femenino. Como bien lo plantea Luis Bonino, ser varón:

es poseer una masculinidad racional autosuficiente y defensiva-controladora que se define contra y a costa del otro, dentro de una jerarquía masculina y con la mujer como sujeto en menos, generando además una lógica dicotómica del uno u otro, del todo o nada<sup>7</sup>.

Al igual que muchos varones descendientes de culturas distintas, nuestro señor Pita es temerario, imprudente e impulsivo cuando se vuelca en hazañas peligrosas. En su afán de escenificar su valor y asentar así una virilidad impresionante frente a los demás, el individuo tiende a aminorar las amenazas. Para distinguir con claridad su conducta, Luís Rojas Marcos nos da algunos elementos en su libro *Las semillas de la violencia*, donde el psiquiatra subraya que el elogio del “macho” y de sus cualidades estereotipadas evidencia una masculinidad que se reduce a la dureza, la agresividad y la ausencia de sentimientos<sup>8</sup>. Estas características dictadas por las exigencias del género masculino incitan también a mantener actitudes ostentosas que esconden más que nada el miedo a perder la hombría.

Agente del machismo hegemónico que honra a los que toman y aguantan más alcohol, don Furibundo Pita se hipermasculiniza cuando desvela su faceta de “tomador”. Frente a la resistencia del artesano Tulio que se niega a destruir la grotesca carroza, el personaje acaba por sentenciar lo siguiente:

yo vine aquí como amigo [...] comamos y bebamos como amigos [...] pero antes, antes quiero que destruyas esta burla con tu propio martillo, por Dios, Tulio, o me emborracho ya mismo, aquí mismo [...] Te consta que conmigo borracho las cosas son a otro precio<sup>9</sup>.

Como una terrible amenaza, estas palabras los congelaron a todos y más aún cuando Furibundo Pita terminó de tomarse a pico, “como si se tratara de agua, lo que quedaba de una segunda botella de aguardiente<sup>10</sup>”.

En varias culturas, el alcoholismo y la masculinidad patriarcal están íntimamente relacionados, y dentro de las normas prescritas para cada sexo, el hombre “duro”, como es el caso de nuestro héroe, pone al día virtudes preexistentes y socialmente producidas. Así pues, debido no sólo a su embriaguez sino también a las representaciones masculinas que comparten y admiten todos, tanto don Furibundo como sus espectadores consideran, con calma y admiración, que infligir violencias verbales o físicas es un asunto corriente e incluso incuestionable.

Es oportuno también añadir a propósito de este fragmento que la esposa del señor Pita reafirma esa falta de cuestionamiento cuando no se limita a tolerar los excesos de su marido sino los justifica: “Arcángel no es como lo pintan. Se bebe sus copas, es cierto, y nada más: a mí misma me ha hecho daño, pero es un hombre bueno, a fin de cuentas<sup>11</sup>”. Tal y como la concibe la esposa, la violencia de su marido no lleva como fin último hacerle daño porque

el ejercicio de la dominación masculina reviste a menudo formas invisibles. Sometida a un poder simbólico, la mujer percibe la violencia de su pareja como un acto legítimo que no requiere ninguna justificación. Hablando de la violencia simbólica, Pierre Bourdieu explica que esta forma:

arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales apoyándose en unas expectativas colectivas, en unas creencias socialmente inculcadas, y transforma las relaciones de dominación en relaciones afectivas y el poder en carisma<sup>12</sup>.

Pese a la soberanía consentida a don Furibundo y a otros pocos homólogos suyos, ésta no parece estar al alcance de todos los varones en Pasto. En efecto, por muy inagotable que sea su potencia erótica o su aguante al alcohol, varios son los varones que nunca encarnarán al todopoderoso macho que disfruta de cualidades propias del modelo heterosocial dominante. Ésa fue la sentencia pronunciada, por lo menos, contra Belencito Jojoa. Antiguo habitante de San José Obrero, adicto al alcohol y gran adepto de mujeres, el protagonista sustenta un modelo cultural masculino al que pretende corresponder aunque lleva tres años paralizado por una enfermedad que no reconoce ni tolera. Vencido por la decadencia física que lo asimila y lo sujeta a humillantes masculinidades subalternas, nuestro remoto faldero atraviesa un declive existencial que lo inquieta. De ahí esa sincera declaración al médico que, como veremos luego, es un “doctor al revés<sup>13</sup>” gran adepto de una categoría distinta de varones que conocen y reconocen las flaquezas masculinas. Y lo cierto es que esa “flexibilidad” del ginecólogo ha sido un motivo bastante persuasivo para conseguir la siguiente confesión del anciano:

me aburro mientras me muero, ¿no le parece tétrico? Alguien debería distraerme, una mujer, que hay muchas por allí sueltas en el mundo, pero no me dejan buscar ni una<sup>14</sup>.

A parte de la pérdida de su fuerza física, el viejo carpintero parece haber perdido también los pantalones ya que es su tercera esposa quien manda ahora en casa y encima lo castiga si se atreve a tocarla, a beber un trago de alcohol o a fumar. Es difícil para un sujeto masculino tal como se lo representa el anciano ocultar el único prestigio que le queda para mantener su postura social. Ello es especialmente evidente no sólo cuando alude a sus proezas sexuales sino también cuando evoca su remota energía. Quejándose de su tercera mujer, Belencito Jojoa recurre a su capacidad reproductora para recobrar prestigio:

Antes, cuánto me ayudaba, ella. Con decirle que tuvimos seis hijos, que sumados a los once y a los diez de mis otras dos mujeres vienen a ser veintisiete, de los que he enterrado siete, y tengo cuarenta y seis nietos y ¿cuántos bisnietos? ya no sé, ni me importa, ¿por qué averiguarlo? ¿Qué tal que me pusiera a resucitar las mujeres que tuve y desaparecieron tan pronto como aparecieron? Sería un siglo de hijos, señor, pero eso sí:

mis mujeres quisieron dormir conmigo, no las obligué, mujeres enteras, no niñas sin destetar, nunca me abrazaron a la fuerza<sup>15</sup>.

Hacer el inventario de su rebaño humano, o sea, sus mujeres, sus incalculables hijos o sus nietos y bisnietos lo instaure como autoridad familiar capaz de ejercer un poder simbólico que su condición física ya no explica. Como lo vemos no sólo con don Pita Furibundo sino también con el carpintero agonizante, la instauración de roles sociales o sexuales apunta la existencia de un modelo hegemónico de masculinidad en Pasto que legitima el orden existente. Inculcadas como constituyentes del modelo varonil, la temeridad, la virilidad o la procreación se ofrecen así como alternativas adoptadas por varios sujetos masculinos y femeninos en la sociedad colombiana que representa el texto.

No se piense, sin embargo, que el autor colombiano se limita a alardear la misma configuración de la masculinidad. En pro de la objetividad, se escucha la voz de quienes piensan masculinidades distintas. En el relato objeto de nuestro análisis, corresponde al sorprendente médico del pueblo ofrecer otra mirada sobre las formas estereotipadas de la masculinidad; y aunque no logra alejarse de por completo de algunos tópicos, sí alcanza romper con ciertas connotaciones negativas con tal de que su voz transmita reflexiones críticas acerca del varón dominante.

Apodado doctor “Tierno” por sus pacientes o doctor “Jumento” por su mujer, don Justo Pastor Proceso es, en ocasiones, uno de los modelos heterosociales que dominan en la sociedad colombiana y, en otras, acierta como agente de alternativas irreconciliables con la masculinidad hegemónica que a veces su actitud encarna. Desconcertada y a menudo desconcertante, su masculinidad es, en algunos casos, paradójica. A lo largo de la historia, el doctor trata de existir en un entre-dos ambivalente que está sugerido de varias maneras no sólo en su discurso sino también en la actitud de los demás personajes. Según su esposa cuyas apariciones revelan a menudo la mirada evaluadora de los hombres, su marido sería “incapaz de responder a las expectativas que la colectividad ha depositado en él<sup>16</sup>” diría José Arturo Granados Cosme.

Frustrado por la desconsideración de su mujer, el doctor decide remediar a su falta de intemperancia. En su anhelo de simular aptitudes y cualidades apreciadas por muchos, el héroe adopta entonces una masculinidad que Matheu Guttman<sup>17</sup> define como todo lo que un hombre piensa o hace para ser hombre. Para formar parte de esa variedad “ejemplar” de masculinidad de la cual lo excluye no sólo su mujer sino también sus hijas, el doctor se disfraza de macho simiesco, y de súbito:

sus brazos se inflaron de músculos y pelos, un pelo hirsuto, de auténtico orangután[...] lo sedujo más la dentadura de simio que asomaba excesiva y peligrosamente puntuda, y de

nuevo el pelaje, que se podía decir de genuino pelo de gorila, incluso le pareció que se alcanzaban a respirar las emanaciones de un recalcitrante olor a simio, y esa certidumbre pestífera, de macho simiesco, lo hizo transpirar con el abatimiento de un macho humano<sup>18</sup>.

Metáfora de lo instintivo en los sub-hombres, el simio sería también un disfraz que pone en evidencia algunos aspectos alienantes de la masculinidad hegemónica. Al mismo tiempo, la máscara del gorila facilita la expresión de las angustias que habitan un sujeto abrumado por la subsistencia de un patrón único. Por eso, después de su desastrosa experiencia simiesca, al doctor le “urgía quemar el disparate<sup>19</sup>” y dejar ya de ser mono con el fin de recobrar autenticidad e incluso templanza. Esa voluntad de romper barreras y mostrar lo falaz que resulta la trampa masculina lo conduce a revisar algunos prejuicios que, por lo general, modelan la imagen del varón. Aludiendo a las presiones y tensiones que agobian a cualquier sujeto masculino, Pierre Bourdieu pone en cuestionamiento algunos beneficios de la masculinidad. Así que para él, el privilegio masculino:

no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad [...] La virilidad, entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia (...). Todo contribuye así a hacer del ideal imposible de la virilidad el principio de una inmensa vulnerabilidad<sup>20</sup>.

Dejando la fachada de un lado, harto de parecer lo que no es y de ser lo que no desea, el protagonista opta al fin y al cabo por una conducta menos espectacular que la de disfrazarse en macho simiesco. Sirviéndose de un poder más peligroso para las convicciones mitológicas que sustentan la dominación patriarcal, el doctor se arma de una masculinidad distinta que, en términos de Mark Millington, sería: “confiabilidad, decisión e independencia<sup>21</sup>”.

Liberado de tantas subjetividades que, antaño lo incomodaban, el doctor da a conocer el trasfondo de una masculinidad que obliga e imposibilita el razonamiento. Independientemente de los juicios socioculturales de su entrono, el médico inicia un cuestionamiento para emanciparse de una masculinidad irracional sobre todo después de su decepcionante farsa simiesca. El protagonista adopta entonces la actitud de un hombre de juicio que vive configurando su propia versión del deber ser masculino; por lo cual acaba optando por una hombría menos ostentosa pero ¡cuán eficiente e incluso digna de envidia!

Particular, diferente e indiferente a las exigencias irracionales de su sociedad, Justo Pastor triunfa siendo sincero, por lo menos para los suyos. Primavera, la esposa que tanto le despreciaba, pues para su estupor, “en esos instantes la seducía a punta de historias de la independencia<sup>22</sup>”; en cuanto al catedrático don Chivo que a menudo lo criticaba, por ahora

confiesa no sin fastidio, que hoy su amigo “le parecía de otro mundo, tan exaltado y como santificado [...] inmune al miedo<sup>23</sup>”. Es obvio que el catedrático no comparte la respetable osadía que al pronto impregna su amigo, pero tal vez sea ésta también la causa remota de su rencor. Rebajado por la envidia y de moralidad a veces indecisa, el profesor comparte igual que los demás pastusos los convencionalismos que antes lo exasperaban. En comparación con lo que representa el doctor, este personaje exhibe características de un individuo sin ensueño que a menudo enmascara sus emociones. ¿Será por cobardía o por prudencia?

Lo que no admite duda es que la exposición de una carroza que trae a la memoria las proezas de Simón Bolívar le parece al catedrático una resolución suicida dado que, por experiencia propia, él afrontó solo en su casa la ira de sus estudiantes enojados por su peculiar exégesis de la Historia:

encapuchados [...] habían ido a su casa a medianoche, tumbaron la puerta y lo tumbaron a él, levantándolo a patadas, astillando sus costillas, obligándolo a arrastrarse por las calles [...] Habían matado a su gato [...] y dejaron un papel atado a la cola del animal: “Por títere”<sup>24</sup>.

Estos hechos sacan a la luz la ideología de varios jóvenes colombianos cuyas creencias evidencian un modelo masculino imperante. A parte del valor patriótico compartido con sus antepasados que combatieron por la independencia, confluye también una memoria que transmite y nutre de forma colectiva “la imagen de lo masculino como sustento y defensor de la Nación<sup>25</sup>”. Si bien los estudiantes furiosos son quienes se privilegian para indicar que lo masculino se mantiene y se transmite a través de lo patriótico, la función de relatarlo se comparte por medio del catedrático quien, en su calidad de intelectual, aporta otras reflexiones que se suman a la opinión del médico. En su papel de investigador, don Chiva despliega una extensa reflexión acerca de ciertos mecanismos históricos que organizan de forma jerárquica las masculinidades. Sus observaciones interesan en la medida en que se orientan, mediante el discurso histórico, hacia la denuncia de un modelo que opera como vehículo de poder. Así lo anota en el siguiente comentario:

Es que los historiadores no coinciden jamás en los detalles, muchachos [...] Carlos Marx y José Rafael Sañudo concuerdan muy bien en la semblanza que hacen de este peculiar prócer, san Simón Bolívar. Convergen en la inocultable verdad, tan disimulada por historiadores de épocas distintas<sup>26</sup>.

De este modo, al igual que otros tantos colombianos, los estudiantes pastusos alimentan el sueño bolivariano que más temprano que tarde se revela como una quimera en la novela: “Bolívar es una mentira, nada más<sup>27</sup>” concluye el profesor. Tal frase sintetiza la intención de condenar, uno a uno, los prejuicios sobre los que se sostiene el imaginario patriótico.

Postura, además, que hace eco a las palabras del doctor al darse cuenta de que: “resultaría inhumano luchar en un minuto contra la elemental ignorancia de las gentes ante la verdadera cara de Bolívar<sup>28</sup>”.

A raíz de lo expuesto, no queda duda de que desafiar a emblemas nacionales o bien oponerse a las evidencias patrióticas resulta atrevido y a veces peligroso cuando algunas formas estereotipadas de la masculinidad, encarnadas por los estudiantes, relacionan los inconformistas con lo masculino pasivo. Por lo tanto, en las culturas patriarcales, es necesario subordinar al hombre “blando” representado en la novela por el intelectual que vive y sobrevive a varias formas de opresión. A pesar de su discernimiento, el profesor renuncia al final a sus ideales tras la agresión de los estudiantes y desde aquel incidente, dejó de ver también a su amigo el doctor.

Si es tan difícil para el catedrático perseguir la lucha y cumplir compromisos, su amigo Justo Pastor parece en cambio menos impresionado y más propenso para inventarse otro destino. Esa configuración de lo varonil que diferencia el doctor de los demás protagonistas, es lo que le concede cierta consideración en el relato. En este sentido, “hacerse hombre” implica mucho más que transgredir unas más que otras normas reglamentadas. En realidad, antes de pronunciarse acerca de la infalibilidad de las verdades, hace falta disponer primero de una razón bastante polémica y atrevida para cuestionar en nombre de qué Historia se fabrican hombres como Simón Bolívar.

Apasionado, atormentado e incluso acorralado por la historia del héroe nacional, el médico decidió negar lo masculino convencional mediante la exposición de facetas ocultas del temido caudillo. Colocado en un altar, el emblemático mito ha sido históricamente “concebido” y su masculinidad correspondería a lo declara Michael Kimmel: “un hombre en el poder, un hombre del poder y un hombre de poder<sup>29</sup>”. Debido a su aura de distinguido guerrero en su “caballo blanco encabezando una columna inacabable de hombres armados<sup>30</sup>”, Bolívar se ha convertido en legítimo depositario del patriarcado donde confluyen tres valores que son, según David Morgan<sup>31</sup>, fundamentales para el aprendizaje del género masculino; y lo cierto es que para varios pastusos mencionados en la novela, el líder nacional es la ilustración perfecta del heroísmo, de la combatividad y del conocimiento sexual atestiguado.

Confrontado con tanta perfección, el humilde doctor emprende entonces una gestión que desacraliza la inexplicable hombría atribuida al ícono. Tan noble o quizás tan loco como el Quijote después de leer tantos libros de caballerías, el doctor se libera de muchas tradiciones heroicas al descubrir los escritos del historiador José Rafael Sañudo acerca del mal llamado libertador de la Patria:

La visión de Simón Bolívar empinado en la carroza era lo que el doctor Proceso necesitaba para encontrar una razón de vida mejor que la crianza de dos hijas adversas y el desamor de una mujer. Tenía ante él la extraordinaria posibilidad de mostrar en un soplo de papel maché lo que se había propuesto revelar infructuosamente desde hacía 25 años, cuando empezó a escribir *La gran mentira de Bolívar o el mal llamado Libertador, biografía humana*<sup>32</sup>.

Opuestas a las certezas históricas, las confidencias de los pastusos que “padecieron la saña de Bolívar<sup>33</sup>” ofrecen también una imagen incompatible con el colectivo de los hombres, la de un malcarado apodado “figurita, zambo o longaniza<sup>34</sup>”. Según cuenta Lucrecia Burbano, una intrépida mujer del pueblo, Simón Bolívar era:

un hombrecillo [...] cuyas manos eran pequeñas, como de mujer; y sus pies debían de ser todavía más pequeños metidos en botas de montar que parecían de niño<sup>35</sup>.

En cuanto a su genio, o mal genio, pues en opinión de los pocos pastusos que se atrevieron a hablar, el “valeroso” guerrero era más bien un Napoleón de las retiradas. Si el varón debía ser ante todo fuerte, inteligente, práctico, valeroso y firme como lo afirma Ana Saloma Gutiérrez<sup>36</sup>, lo que más subrayan las declaraciones recogidas por el doctor son las múltiples artimañas de un líder dotado de una alta habilidad para engañar y conservar, cueste lo que cueste, la facultad de ejercer el poder. Instaurado como paradigma anhelado por los varones, el legendario batallador ejerce una violentación impetuosa e incuestionable desde que se erigió como mentor en su Nación.

Otra característica mencionada por los testigos que despoja Bolívar de sus virtudes varoniles se refiere a su ropa. Asociada al mundo femenino, su indumentaria es, al parecer, afeminada. Según la semblanza del historiador Sañudo, el caudillo poseía dieciséis baúles con ropa de uso personal y otro baúl de joyas con piedras preciosas. En suma, se gastaba 10.000 pesos de la época en perfumes y no le duraban mucho, “así de enfermiza era su afición a envolverse con ellos mañana y tarde<sup>37</sup>”. La joyería y el uso ostentoso de perfumes pueden corresponder a una práctica incompatible con la imagen del varón venerable y venerado por el pueblo colombiano.

Para completar esta descripción, a todas luces negativa, se incorporan otros criterios femeninos con miras a acentuar el aspecto frágil del hombre, que no de los hombres, pues a estos les corresponde la dureza, la hombría y la valentía en las organizaciones sociales patriarcales. La finura o la excesiva elegancia atribuidas a Bolívar, mas su pánico y cobardía también, son todas características que desvalorizan su presunta virilidad. Ésta tampoco escapa a la severa evaluación de sus opositores cuando mencionan las extrañas depravaciones de un mujeriego cuya dominación se expresa en clave de humillaciones.

Patriarca violento en potencia, “Bolívar no sólo mataba rendidos, sino niños y mujeres<sup>38</sup>” afirma el doctor. Hablando de la violencia de género, Graciela Ferreira comenta que:

el hombre violento es la máxima y más intensa expresión del estereotipo masculino porque es un ser que compendia todo el poder arbitrario, represivo, cruel, inmaduro y temeroso que se sostuvo (...) durante siglos para tratar a la mujer y a los niños<sup>39</sup>.

De igual modo, el testimonio de Polina Agrado con la que también “le fue peor<sup>40</sup>” con el héroe nacional reduce sus presuntas conquistas femeninas a meras leyendas transgeneracionales. Demasiado joven, la paloma que suele en efecto cazar el libertador es más bien “criatura, cría, núbil, retoño, párvula, bisoña, infantilla, carne pura<sup>41</sup>”. El conjunto de las peripecias rememoradas por las víctimas evocadas en la novela evidencia con lucidez la disonancia entre la realidad y la falsa imagen que se proyecta de los mitos nacionales y como bien lo advierte Foucault, “las figuras simbólicas se transforman fácilmente en siluetas de pesadilla<sup>42</sup>”. En contraste con las deficiencias históricas, el varón perverso representado por Bolívar o el militar depravado que encarna también el General Aipe son modelos que legitiman la violencia no sólo como mero accesorio masculino, sino también como una cualidad que se exige de cualquier patrio preocupado por el sino de su nación.

Paralelamente al establecimiento de los mencionados paradigmas patriarcales, se instaure además otro discurso acerca del sujeto diferente. Descartada de la esfera del poder, esta categoría de hombres formaría parte de lo que Foucault define como lo “no-idéntico<sup>43</sup>”. Debido a su incompatibilidad con el macho adaptado y adoptado por todos, el sujeto “diferente” se aparta entonces de la imagen del varón “institucionalizado” refugiándose al final en la esfera que se asigna por lo general a los excluidos. No obstante, esa alteridad de la cual padecen “los marginados” no es tan sólo alteración; por el contrario, es más bien una oportunidad para aniquilar un sistema de normatividad preservado gracias a una variedad de máscaras subjetivas que legitiman las normas aberrantes de la sociedad. Por lo tanto, el varón adaptado a la esfera del poder está condenado a obedecer a una serie de “pruebas, demostraciones<sup>44</sup>” y viviendo como tal, “corre el riesgo de ser defectuoso<sup>45</sup>”.

En resumidas cuentas, la exploración de cualquier postura desvelada como varonil revela en el relato de Evelio Rosero que la identidad masculina se ha fabricado gracias al mantenimiento de una virilidad que se ha construido desde antaño en la sociedad colombiana. Inquietante en el caso de Simón Bolívar e inquieta en cuanto al doctor Justo Pastor, la masculinidad sin juicio ni alternativas, parecerá en cualquier circunstancia defectuosa, disfrazada, incompleta y por lo tanto vulnerable. Por eso, los representantes de la masculinidad hegemónica acaban por perder poco a poco sus potencialidades en la novela. Por consiguiente, los atributos masculinos de don Furibundo o de Belencito Jojoa no

parecen suficientes como para legitimar el rol patriarcal que procuran ilustrar. En cuanto al no menos respetabilísimo Bolívar cuyo patriotismo lo asocia también al modelo hegemónico, pues descubrimos facetas que lo disocian por completo de lo que se espera de un patrio. Otros sujetos tales como el doctor Justo o el artesano que, al principio parecían tan singulares, han conseguido poco a poco destapar los disfraces que ocultan la violencia de una masculinidad reducida a una extraña valoración de la virilidad. Sin necesidad de fingir una supremacía que poco les conviene, estos modelos han optado por un destino diferente, siendo indiferentes a las exigencias sociales. En este sentido, el doctor Justo exhibe el caso del varón que disfruta de una libertad que se niega a los que permanecen pendientes de lo idéntico; de hecho, su lucha por existir según sus propias vivencias, marca al final un desarrollo personal distinto animado por un constante cuestionamiento sobre el derecho a ser a la vez diferente y “verdaderamente individual<sup>46</sup>”.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Ver, entre otros, BUTLER. J, CONNELL. R, BONINO. L, CORTÉS. J.M, KIMMEL. M, LOMAS. C, SEIDLER. V, etc.

<sup>2</sup> BONINO, L. *Masculinidad hegemónica e identidad masculina*. Castellón: Dossiers Féministes 6, 2003, pp. 7-36.

<sup>3</sup> ROSERO, E. *La carroza de Bolívar*. Barcelona: Tusquets Editores, 2012, p. 41.

<sup>4</sup> *ibid.* p. 41.

<sup>5</sup> *ibid.* p. 42.

<sup>6</sup> LOMAS, Carlos. *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona: Paidós, 2003, p. 70.

<sup>7</sup> BONINO, L. *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria, 2000.

<sup>8</sup> ROJAS MARCOS, L. *Las semillas de la violencia*. Madrid: Espasa Libros, 2005, p. 111.

<sup>9</sup> ROSERO, E. *op.cit*, p. 52.

<sup>10</sup> *ibid.* p. 56.

<sup>11</sup> *ibid.* p. 83.

<sup>12</sup> BOURDIEU, P. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

<sup>13</sup> ROSERO, E. *op.cit*, p. 134.

<sup>14</sup> *ibid.* p. 134.

<sup>15</sup> *ibid.* p. 135.

<sup>16</sup> COSME GRANADOS, J. A. *Orden sexual y alteridad: la homofobia masculina en el espejo*. Nueva Antropología, vol. XVIII, núm. 61, septiembre, México, 2002. p. 83.

<sup>17</sup> GUTTMAN, M. in Viveros Vigoya. M, Fuller Olavarria. N et al. *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. Universidad Nacional de Colombia: 2000, pp. 17-33.

<sup>18</sup> ROSERO, E. *op.cit*. p. 13-14.

<sup>19</sup> *ibid.* p. 23.

<sup>20</sup> BOURDIEU, P. *op.cit*. p. 68.

<sup>21</sup> MILLGTTON, M. *Hombres in/visibles. La representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2007. p. 37.

<sup>22</sup> ROSERO, E. *op.cit*. p. 195.

<sup>23</sup> *ibid.* p. 193.

<sup>24</sup> *ibid.* p. 193.

- 
- <sup>25</sup> FORERO, A. NIÑO, A. *Representaciones de la masculinidad en la primera mitad del siglo XX en Bogotá*. Revista Vica Luris, 19, 2015, pp. 105-121.
- <sup>26</sup> ROSERO, E. *op.cit.* p. 149.
- <sup>27</sup> *ibid.* p. 149.
- <sup>28</sup> *ibid.* p. 69.
- <sup>29</sup> KIMMEL, M. S. *Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina*. Ediciones de la Mujer, 24. México: Isis Internacional. 1997.
- <sup>30</sup> ROSERO, E. *op.cit.* p. 234.
- <sup>31</sup> MORGAN, D. *Aprender a ser hombre: Problemas y contradicciones de la experiencia masculina*. In Luke. C, *Feminismos y pedagogía en la vida cotidiana*. Madrid: Morata, 1999. pp. 106-116.
- <sup>32</sup> ROSERO, E. *op.cit.* p. 59.
- <sup>33</sup> *ibid.* p. 62.
- <sup>34</sup> *ibid.* p. 197.
- <sup>35</sup> *ibid.* p. 197.
- <sup>36</sup> SALOMA. G. A. *De la mujer ideal a la mujer real. Las contradicciones del estereotipo femenino en el S. XIX*. Cuicuilco. Vol. 7. N°18. 2000. México.
- <sup>37</sup> ROSERO, E. *op.cit.* p156-157.
- <sup>38</sup> *ibid.* p. 232.
- <sup>39</sup> FERREIRA, G. *Hombres violentos, mujeres maltratadas. Aportes a la investigación y tratamiento de un problema social*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, Segunda ed. 2002, p. 1995, p. 291-292.
- <sup>40</sup> ROSERO, E. *op.cit.* p. 206.
- <sup>41</sup> *ibid.* p. 235.
- <sup>42</sup> FOUCAULT, M. *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de cultura económica. 1997, p. 17.
- <sup>43</sup> *ibid.*
- <sup>44</sup> BADINTER, E. *XY: La identidad masculina*. Madrid: Alianza, 1993, p. 18.
- <sup>45</sup> *ibid.* p. 19.
- <sup>46</sup> RAMÍREZ RODRÍGUEZ, J. C. *Madeiras entreveradas: Violencia, masculinidad y poder: Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Zopopan: Universidad de Guadalajara, 2005, p. 66.